

Turlan, José María

Oracion inaugural que en la apertura del curso de estudios del Real Colegio de Cirugia-Medica de San Carlos de esta Corte, leyo el Doctor ... Jose Maria Turlan ...

Madrid : Por Ibarra..., 1824.

Vol. encuadernado con 9 obras

Signatura: FEV-AV-M-01424 (05)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

ORACION INAUGURAL

5

QUE EN LA APERTURA

DEL CURSO DE ESTUDIOS

DEL REAL COLEGIO

DE CIRUGÍA-MEDICA

DE SAN CARLOS

DE ESTA CORTE,

LEYÓ EL DOCTOR

DON JOSÉ MARÍA TURLAN,
segundo Cirujano de Cámara de S. M. con egercicio,
mayor de sus Reales Egércitos, y Director de la Real
Junta Suprema Gubernativa de esta facultad
en España.

Con aprobacion de la misma Real Junta.



MADRID

POR IBARRA, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

1824.

ORACION INAUGURAL

QUE EN LA APERTURA

DEL CURSO DE ESTUDIOS

DEL REAL COLEGIO

DE CIRUGIA-MEDICA

DE SAN CARLOS

DE ESTA CORTE,

LEYÓ EL DOCTOR

DON JOSE MARIA TURLAN,

segundo Cirujano de Cámara de S. M. con ejercicio,
mayor de sus Reales Exércitos, y Director de la Real
Junta Suprema gubernativa de esta facultad
en España.

Con aprobacion de la misma Real Junta.



MADRID

FOR IRRANA, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

1824

Al ver abiertas felizmente las puertas de este templo de Esculapio en el día 1.º de octubre de 1824, y el 41 de su instalacion, despues de disipada la horrorosa tempestad política que trastornó esta vasta y desgraciada Monarquía, un dulce placer y una interior conmocion me animan y vivifican. Esa tempestad, cuyos movimientos tumultuarios conmovieron los pacíficos templos de Minerva, no perdonó á este Real Establecimiento de la Ciencia de curar que corría precipitado á su ruina cual nave sin timon, sin masteleros, sin jarcia y sin pilotos capaces de querer evitar su escollo, si una... pero cubramos con una losa de pórfido en el sepulcro del olvido tiempos tan aciagos, y hagamos escribir sobre esa puerta el lema mismo que el gran Marqués de Pombal, Ministro de Estado de S. M. F., reedificada Lisboa despues del espantoso terremoto que en el siglo pasado la habia reducido á ruinas, hizo esculpir en el obelisco que con este motivo erigió en la plaza del Rocio: *Post fata resurgo*. Sí: *Post fata resurgo* diré yo hoy enmedio de este sábio y dignísimo concurso que tiene la bondad de honrarme con su presencia, al ver renacer la nueva enseñanza de la Cirujía Médica en este Colegio de San Carlos, bajo la ejida del Gran Fernando VII de Borbon, que el Cielo colme de bendiciones, con su augusta esposa Doña María Jose-

fa Amalia, y Serenísimos Infantes. Lleno mi corazón del mas vivo entusiasmo, recordaré aquellos dias célebres de la creacion de la Cirujía Española, y de la instalacion de sus Reales Colegios en el siglo 18. Por los Perchét, Birgili, y Gimbernat, Cirujanos de la Real Cámara, y Directores de los Colegios de Cirujía, bajo los Reales auspicios de los grandes Monarcas el Señor Don Fernando el VI, el Señor Don Carlos III, y el Señor Don Carlos IV, de gloriosa memoria. Desfallezco á la verdad al considerar la distancia inmensa que me separa de tan esclarecidos Directores. ¡ Quien me diera su celo, su saber y sus virtudes para poder ocupar este lugar digno solo de ellos! pero como su sucesor, su admirador é imitador me tranquilizaré con esclamar con el poeta latino. *Si desunt vires tamen est laudanda voluntas.* Supla mi buen deseo sus talentos y virtudes, y reciban hoy sus méritos el tributo de nuestro reconocimiento, mientras que yo, deseando con tan célebre motivo excitar la aplicacion de los alumnos de esta escuela en el curso que vá á empezar, les presente con rapidéz como obgeto de esta inaugural los tres puntos siguientes.

Primero: La sublime dignidad y nobleza de este ramo de la ciencia de curar llamado Cirujía Médica, su conocida utilidad y beneficios sensibles que reporta á la humanidad doliente. Segundo: La necesidad de que el Cirujano médico estudie y posea toda la parte científica de este arte de curar, para poder desempeñar el proceder operatorio ó manual, que solo se adquiere mediante un nuevo y bien combinado plan de estu-

dios, aprendido en las Cátedras y en los Hospitales. Tercero: Cual debe ser la conducta moral, política y religiosa del Cirujano médico para ganar la confianza y la opinion de los pueblos.

PRIMER PUNTO.

Superfluo sería por ser tan notorio recordar la antigüedad de la Cirujía. Que ella es mas antigua que la Medicina, de la cual forma ahora un ramo separado, es indudable. Fue la sola medicina que se conoció en las primeras edades del mundo, aplicándose los hombres á curar los males exteriores como golpes, heridas &c., antes que se llegase á exâminar y descubrir todo lo que tenia relacion con las enfermedades internas.

Ademas de su antigüedad tiene la Cirujía el alto honor de haber sido su inventor un Monarca. Apis, Rey de Egipto, se dice que lo fue, y que por su acierto le edificaron los Egipcios un templo, uniéndolo á los de sus Dioses Isis y Osiris. En la ilustrada Grecia egerció la Cirujía el inmortal Hipócrates: le siguió Esculapio, el cual trabajó un tratado de heridas y úlceras, y tuvo por sucesores á los filósofos de los siglos que le siguieron Pithágoras, Peon, Parménides, Demócrito, Chiron y Clembroto que curó el ojo del Rey Anthioco. Entre los Romanos Arcagatus fue el primer Cirujano que llamaron *Vulnerarius*, y por sus grandes curaciones mereció las distinciones del Capitolio. El describir toda la Historia antigua de la Cirujía sería demasiado molesto: los que deseen mas noticias sobre ella, podrán

consultar las obras de un Daniel, Leclerc, Perhile, Pinél, Frein, Tourtelle, Lottis, Richerant, Portal &c. Si recorremos la historia de los Soberanos de Europa en tiempos mas modernos, hallaremos cierta predileccion benéfica, general y hereditaria de los Borbones ácia la Cirujía. De San Luis Rey de Francia se cuenta que, herido casualmente miéntras se estaba construyendo el Hospital de San Luis de París, quiso, despues de convalecido, curar por su Real mano á los primeros enfermos de Cirujía que entraron á ocuparle. Francisco I tenia el mayor gusto en egercer las diseciones anatómicas y conversar con los facultativos de su Real Cámara sobre casos y materias de la Facultad. Luis XIII se gloriaba de poseer, preparar y aplicar por su Real mano un remedio secreto para curar las hernias ó quebraduras. Pedro I tenia tal aficion á la Anatomía y Cirujía, que la egerció hasta practicar manualmente la operacion de la parecentesis ó puncion del vientre á un hidrópico, estrayéndole cuarenta libras de agua. Luis XIV llegó á cobrar tal aficion á esta Facultad y sus Profesores, que de intento creó la distinguida Orden de San Miguel para condecorar á los beneméritos; y su sucesor Luis XV multiplicó con prodigalidad la condecoracion de esta insignia. Los Soberanos de esta augusta dinastía en nuestra España han creado y premiado igualmente la Cirujía y sus Profesores. El gran Fernando VI en el año 1748 creó el primer Real Colegio de Cirujía y Medicina de Cádiz para la Marina Real. El inmortal Cárlos III en 1764 el de Cirujía Médica de Barcelona, para dar al

Ejército Profesores instruidos. Tocando el benéfico resultado de estos dos Reales Establecimientos, fundó este mismo Soberano en el año 1784 este Real de Cirujía de San Carlos para proporcionar á sus pueblos, igualmente que al Ejército y Marina, hábiles Cirujanos. El Señor Don Carlos IV, digno émulo de sus augustos predecesores, en el año 1799 creó los de Cirujía Médica de Burgos y Santiago, y condecoró con el grado de Doctor á los Cirujano-Médicos por su sábia Ordenanza de 1795, ampliada y ratificada en 1804 por el mismo Monarca.

Nuestro actual Soberano, el Señor Don Fernando VII, no solo aprobó y confirmó dichos Reales Establecimientos, sino que tambien en el año 1817 creó el Real Colegio de Málaga; y en este año ha decretado la fundacion de los de Valladolid, Valencia y Zaragoza, completando la grande obra de sus Augustos Progenitores. Y no contento aun con esto, quiso colmarla de honores dándola por protectores de su Facultad á sus Augustos tio y hermano, los Serenísimos Señores Infantes Don Antonio (que en paz descanse) y Don Francisco de Paula que actualmente la protege.

Por tan útil y tan benéfica juzgaron todos esta filantrópica Facultad. De ella dice el célebre Chambers que se eleva sobre la Medicina interna en la solidez de sus principios, en la certeza de sus operaciones y en lo patente de sus efectos; de modo, que aquellos que consideran á la primera como dudosa, abstracta, problemática é incierta; unirán á la segunda como necesaria,

como soierta, como palpable. Y á la verdad, todos hemos visto á la primera hecha el juguete de las teorías de sus autores, envuelta en cien diversos sistemas en pocos siglos. Los de Hoffman, Boerhavé, Stal, Cullen, Bergman, Brown, y últimamente el de Broussais, se han sucedido y destruido mutuamente, quedando solo en pie las verdades hijas de la observacion y de la experiencia.

La segunda por el contrario, prescindiendo de teorías, ha perfeccionado sus operaciones, simplificado y disminuido sus instrumentos, aligerado sus apósitos y procurado en lo posible hacerse humana.

Marco Tulio Cicéron honró á toda la ciencia de curar cuando dijo, que en nada se parecían tanto los hombres á los Dioses, como en dar la salud á los enfermos *Homines ad Deos nulla se propius accedunt, quam salutem hominibus dando &c.* Es de presumir que esta sentencia fuese proferida al ver y tocar la sabia Roma las maravillosas curaciones que practicaron los Profesores de Cirujía, y particularmente Arcagatus. Y quién sino un Profesor de Cirujía es comparable de algun modo al Criador cuando presentándose un enfermo sincopizado, y casi exánime á causa de un fluxó de sangre por la herida de una arteria, aplica en un momento ó una ligadura, ó un torniquete que comprima el vaso principal, ó un adstringente que cerrando su abertura, detiene ó restaña el fluxó, y restituye al enfermo la vida que habia indudablemente perdido si aquella mano diestra no

9
le hubiera socorrido? En los acerbos dolores ocasionados de un cálculo urinario, en los de la retencion de la orina, en el acto de sofocarse un enfermo por una angina inflamatoria, ¿quién sino la mano operadora extrae el cálculo por la sistotomia, saca la orina por medio de una algalia, y abre el conducto respiratorio por la traqueotomia ó perforacion de este conducto; librando en un instante de accidentes tan graves á los que sino habrian perecido sin remedio?

¿Quién sino el Profesor de esta Facultad imita á Jesucristo cuando en la Piscina daba milagrosamente con su poder todo divino, la vista á los ciegos? Si un literato, un hombre de estado, un infeliz artesano acometido de una catarata, ó de una nubécula, queda sin vista imposibilitado de ganar el sustento de su familia por la pérdida de un órgano el mas necesario á los usos humanos, el Cirujano operador por un proceder científico, despues de preparado el enfermo, extrae ó abate la catarata como Plench, ó como Güerin, ó rasga la pupila como Scarpa, y restituye en pocos minutos la luz al desgraciado ciego destinado á concluir sus dias en el dolor y la tenebrosa obscuridad.

¿Cuántas madres parturientas habrian sido víctimas de un parto laborioso por la difícil salida del infante, por su mala posicion ó por otros mil accidentes, si la mano sábia del operador no hubiera corregido el defecto, librando la madre y á una multitud de niños que habrian induda-

blemente encontrado su muerte en las puertas de la vida. ¡Con cuanta elocuencia describió este lance crítico el célebre Flud! *¡Oh quam simul rapiuntur in discrimina! Moritur priusquam vagiit puer. A matre anhela vix rubens atque interit. Vitamque relinquit, antequam nec vixerat.* ¡Ah! cuan pronto se ven envueltas en mil riesgos. Un niño que nace un poco rubicundo de una madre anhelante, muere ó perece antes de llorar, y deja la vida quizá antes de haber vivido.

Recorramos los manifiestos efectos de la Cirujía en los campos de Marte. En las batallas es donde el Cirujano Médico Castrense, reuniendo al valor y al peligro el amor y el deber con el digno militar herido que prodiga su sangre en el campo en defensa de su Rey, de su Religion, de su Patria y de sus leyes; allí es donde ejerce su arte, ya sacando un cuerpo extraño á este oficial, ya amputando el miembro á aquel General, que por efecto de una bala de cañon ha destruido todo su organismo, y solo con el cuchillo calma sus agudos dolores, precave la gangrena y la muerte, tranquilizando su espíritu viéndose libre del inminente peligro arrebatado de la mano de la parca. Por medio de la simple extraccion de la punta de un hueso que heria un tendon, una membrana ó un nervio, y auxiliado el Profesor con los conocimientos científicos de la dieta, y prescribiendo los calmantes opiados, precave ó cura el delirio, la fiebre ó la convulsion, y vuelto en sí reconoce y bendice la mano benéfica del Criador, y admira los pro-

gresos de la Cirujía-médica operatoria.

No menos prodigiosos efectos se ven de la Cirujía en los combates navales. ¿Qué heridas tan graves y peligrosas no causan en la gente de mar las balas de cañon, palanquetas, la metralla, las astillas y la rotura de los palos y del velamen? El trepano, y la pronta amputacion son entre otras las grandes operaciones que pueden salvar la vida y la han salvado á aquellos infelices tantas veces. Hizo el elogio el sábio Puig de la Cirujía Militar cuando dijo: *sevitius martis sapiens Chirurgia delet, auxiliis quæ suis lethalia vulnera sanat. Artis Divina. Salus, felixque sciencia vitæ: presente in castris arcet ab agmine parcam.*

Por estas y otras tan visibles curaciones, y por beneficios tan marcados, ha merecido la Cirujía Española los elogios de sus Generales hechos á sus Monarcas despues de terminada la guerra. Los Caros, los Ricardos, los Urrutias, los Wellington, los Gravinas la han encomiado despues de las campañas de 1799 contra la República Francesa, en la de 1808, ó de la independencia española, y de los combates navales de San Vicente y Trafalgar. Sus Monarcas cerciorados de haber cumplido los profesores militares con sus deberes, han premiado á un Roland, á un Puig, á un Queraltó, á un Capdevilla, y á un Sabater y Carnibel de la Marina Real, y á otros muchos que por decoro callo.

Probada pues, á mi parecer por autoridad y por hechos la excelencia y sublime dignidad de la ciencia que habeis abrazado para el bien de

la humanidad; debo manifestaros la necesidad de un metódico y continuado estudio general, teórico y práctico de toda la ciencia para poder ejercitarlo en utilidad del procomunal, y de vuestros intereses.

PUNTO SEGUNDO.

El arte de curar llamado comunmente medicina, es uno en su teoría, y para la curacion de las enfermedades tiene recursos ó medios de los que se vale, que son la dieta, la Farmacia y la Cirujía. Impropiamente se ha llamado á la Medicina arte de curar del verbo *medeor*, no siendo en realidad mas que el *arte* de conocer y tratar las enfermedades; pues por desgracia hay muchas por su índole incurables, que el Médico aprende y sabe tratar, pero que no está en su mano el curar. Los Nosologistas han dividido la Cirujía en teórica y práctica, de las cuales la una hace realmente lo que la otra enseña. La teoría especulativa de la Cirujía debe distinguirse en teoría general y teoría particular. La teoría general de la Cirujía no es, ni debe, ni puede en verdad ser otra cosa que la teoría ó la ciencia de la Medicina misma, ó mas propiamente, la teoría de toda la ciencia de curar las enfermedades que afligen al cuerpo humano. Esta teoría es única, es indivisible en sus partes, no puede ser ni conocida, ni sabida, ni menos aplicada, sino en tanto que se posea en su totalidad ó con toda la extension de sus preceptos.

Ved pues que la diferencia que se halla entre la Medicina y la Cirujía se deduce únicamente de su ejercicio diverso: es decir, de las diversas clases de enfermedades á las que cada uno se dedica. El Cirujano-médico debe poseer todos los conocimientos, cuyo conjunto forma el sublime, el grande, el difícil arte de curar las dolencias del hombre; pero él en virtud de las leyes vigentes, ó por su natural inclinacion, no hace aplicacion de esta ciencia, de estos conocimientos, sino á las enfermedades externas y mixtas. La otra, es decir la llamada Medicina, posee igualmente estos conocimientos; pero los aplica solamente á la curacion de las dolencias internas. De esta verdad se infiere que no es la ciencia la que se debe ignorar por ambos profesores: que no es la ciencia la que debe ni puede dividirse, sino solamente su ejercicio, ó su práctica. Entreviendo y considerando con alguna atencion el objeto de estos dos grandes artes, se vé claramente que ellos no pueden tener mas que una teoría general ó comun que deben aprender los alumnos de ambos ramos. Las enfermedades externas y mixtas que hacen el objeto de la Cirujía, son en su esencia las mismas que las internas que forman el de la Medicina: en nada se diferencian sino en el sitio que ocupan: v. gr. una inflamacion flegmonosa, ó erisipelatosa, una gangrena, una úlcera, siguen sus mismos períodos, tanto en la piel como en el pulmon, en los intestinos como en el higado, merecen la misma importancia, exígen las mismas indicaciones y piden los mismos medicamentos, sean in-

ternos ó éxternos; deduciéndose de aquí el que conozca, clasifique y trate las dichas enfermedades en la piel, en la boca, en el ojo &c., las tratará y dirigirá con mas tino y conocimiento en la pléora, en el pulmon, en el hígado ú otra entraña ó membrana interior. Guiado de estos principios el gran Boerhave dictó como precepto el aforismo *Itaque quia in praxi medica nihil certi, boni, aut veri fieri, vel doceri potest, quin prius morborum externorum doctrina pertractata habuerit.*

Aunque la Cirujía y la Medicina deban ser una misma ciencia, que no es mas que el conjunto de todas las reglas, de todos los preceptos que enseñan á curar las enfermedades, no debe creerse por esto que el Médico y el Cirujano sean dos sugetos que deben confundirse con otros literatos que se dediquen solo á su estudio teórico. Un hombre que esté revestido ú adornado de todos los conocimientos teóricos generales, y que se halle limitado á ellos solos, éste ni será Médico ni Cirujano. Para formar un Médico completo, ademas de adquirir la ciencia que enseña á curar, es necesaria la destreza y la habilidad de aplicar las reglas de esta ciencia á las enfermedades internas: del mismo modo para formar un hábil y diestro Cirujano - médico es indispensable que adquiera el hábito y facilidad de hacer aplicacion de aquellas mismas reglas y preceptos á las enfermedades externas y mixtas. La ciencia no dá esta destreza ó habilidad de aplicarlas: ella las dicta simplemente, y este es el todo de la distincion entre la especulativa y la práctica de ambos

ramos. Esta solo se adquiere por el egercicio y por la Clínica bajo la direccion de un catedrático instruido. El estudio da la ciencia, pero no puede dar la facilidad de operar; ésta no se adquiere sino viendo y repitiendo las operaciones. Es necesario un hábito: por él solamente llega á poseerse la perfeccion. Aclararémos mas la materia. La Anatomía, la Fisiologia, la Semeyótica, la Higiene y la Terapéutica, tanto en Medicina como en Cirujía son el manantial de los conocimientos generales para entrambas. La Anatomía desenvuelve y manifiesta la estructura de los órganos que componen el cuerpo humano: la Fisiologia esplica el juego, accion y funciones en el estado de vida y salud: la Semeyótica dá á conocer las señales donde el alumno debe estudiar los diferentes caracteres del hombre enfermo: la Higiene fija el régimen de vida, y establece leyes las mas sábias del modo de usar del aire, de los alimentos, de las pasiones del alma, de las evacuaciones, del movimiento y quietud, del sueño y de la vigilia: finalmente la Terapéutica instruye al discípulo de los diferentes medios de que debe valerse para la curacion de las enfermedades, y le enseña á conocer la naturaleza ó la propiedad, virtud y modo de obrar las diferentes clases de medicamentos sean internos, ó externos, para poder aplicarlos con acierto.

Pero todos estos conocimientos por mas necesarios que ellos sean son insuficientes: ellos son la base de la Medicina y Cirujía, mas ellos no tienen una tan íntima union con estas dos ciencias que no permita que ellas estén separadas.

Ellos no forman al Médico ni al Cirujano, ni prestan algun título al egercicio del arte. Ademas de los conocimientos generales que acabamos de hablar, es indispensable que el alumno en la parte de Medicina que se proponga egercer, posea un talento particular. Veis pues aqui que la Medicina operatoria, ó la operacion de la mano, necesita y supone una larga serie de estudios ya teóricos, ya prácticos para poder aplicar la mano sobre el cuerpo humano vivo con acierto, ya sea con obgeto de preservar otras enfermedades, ya con el de curar las actuales, ó ya con el de paliar las incurables. Es indispensable conocer de antemano el caracter del mal, la manera y necesidad de la operacion, causas que la exígen y la indican, síntomas que la contraindican, nacidos ya de la estructura orgánica de las partes, ya de su accion, ya del aire que le rodea. Es indispensable conocer las causas y efectos que ha producido el mal, los medicamentos que exíge, el tiempo que fijen las circunstancias para egercutarla, arreglado á las leyes de la economía animal y de la esperiencia, los accidentes que puedan trastornar la operacion, ó que piden otra diferente, los movimientos de la naturaleza en las curaciones consecutivas á ella, los medios que ella puede prestar, los obstáculos que encuentra en la estacion, en el sitio ó lugar, el estado del enfermo, su fuerza, su debilidad, su escesiva sensibilidad ó irritabilidad, ó el estado de sus propiedades vitales, los virus específicos que puedan tener sean escrofulosos, herpéticos, escorbúticos &c., para poder predecir, combinar y egercutar con un fe-

liz resultado para el arte y para el enfermo el éxito de la operacion, y evitar los síncope, las convulsiones, las hemorragias, que puedan sobrevenir en el acto de ella, y las calenturas lentas, los sudores, diarreas &c. que se seguirán infaliblemente, si antes de operar y despues de la operacion no se previniesen por medio de la dieta y la Farmacia las dichas complicaciones. Sin estos preceptos jamas se formarán mas que operadores ciegos, y rutinarios mas perjudiciales que útiles á la humanidad. Para aclarar este punto, supongamos que se presente un enfermo con una fractura de los huesos de un brazo, complicada con una herida peligrosa en el mismo; la reduccion de los huesos, aunque algunas veces dificil, no es mas que una parte pequeña del tratamiento ú operacion de esta enfermedad; pero las inflamaciones, los espasmos, las estrangulaciones, las supuraciones, los depósitos, las fiebres, los delirios que suelen sobrevenir con frecuencia, exigen, requieren y necesitan mucha mayor estension de conocimientos que aquellos que se piden para reducir, reponer y coaptar el hueso en su lugar natural. Para esto basta solamente el conocimiento osteológico, y alguna práctica en esta clase de operaciones; pero para lo otro se requieren conocimientos profundos sobre la economía animal del hombre, sobre el sitio y naturaleza de las partes heridas, y sobre su estado fisiológico y patológico, sobre el cambio de los humores &c. Los conocimientos especulativos comunes son medios muy débiles é insuficientes en estos casos, y solamente una esperiencia luminosa y re-

flexiva puede dictar un proceder feliz en casos tan árdulos y espinosos. La esperiencia en las ciencias prácticas es el manantial de la solidez de sus principios, y todas las doctrinas que no estén fundadas en el egercicio, ó dirigidas por una práctica metódica, no podrán formar mas que luces obscuras, capaces de extraviar el espíritu humano, pero no de serle útil.

El que pretenda separar el estudio práctico del científico ó teórico en este arte divino, no errará menos que yerra el autor del Diccionario de las ciencias médicas cuando, queriendo esplicar el carácter ó esencia de la Cirujía, la define *Id quod est in medicina mechanicum*. Admira ciertamente que el autor de una obra por otra parte tan apreciable, y que prueba tanta ilustracion, hubiese meditado tan poco la descripcion esencial de la Cirujía. Pero no hay Homero que alguna vez no se distraiga. Este escritor mejor que ningun otro hombre debia saber bien que ni la punta de un bisturí se debe aplicar sobre el cuerpo humano sin poseer todos los dichos conocimientos de la ciencia, llevando antes practicada la operacion en su mente; pues de lo contrario cortará ó picará un tendón, algun nervio ó alguna arteria, causando al paciente la convulsion, la pérdida del miembro ó la muerte. ¿Y será mecánico tanto número de conocimientos como se requiere para esto? Pues el Cirujano-médico debe ademas tener todavía nociones del derecho canónico, del derecho civil, del militar y del político. Debe tener en su mano los sagrados Concilios, los Heinecios, los Colones, el Derecho patrio, los Fo-

derés, los Mahon, Cangiamila &c. para poder decidir y certificar en las causas civiles y criminales, en las de divorcio, impotencia, esterilidad: en los asesinatos de mano airada, reconocimiento de inútiles enfermedades de los presos, la demencia, y en la salubridad de los alimentos, aguas &c. de los pueblos, y demas casos contenciosos, y de que depende la vida ó la hacienda de los hombres en sociedad. Quédese lo mecánico para aquellos tiempos desgraciados en que un profesor estraño á la Cirujía examinaba sus profesores. Pero tiempos tan fatales es de esperar no volverán ya mas. La Europa desengañada ha admitido el sábio principio de *tractent fabrilia fabri*. Y sus Soberanos convencidos de que la Cirujía por su alta dignidad y objeto no debia considerarse como el *Œchir-argos* de los Griegos, que es lo mismo que decir *obra de mano*, y que esta obra para ser perfecta requería sublimes conocimientos científicos, y que esta mano no era, ni debia, ni podia ser puramente mecánica ú automática, sino dirigida por el raciocinio; autorizaron á los facultativos de su Real Cámara para establecer escuelas científicas de este apreciablesimo arte en sus dominios. Pigrat, Chirac, Pareo y Desaut en Francia; Wiseman en Inglaterra; Don Pedro Virgili en España; Richter en Alemania; Wilié en Rusia, han sido los que han metodizado la enseñanza de la Cirujía médica, la han sacado del abatimiento mecánico en que la tenían, y la han puesto en estado de ser en el dia una de las ciencias mas útiles á la humanidad.

Es verdad que han querido y ordenado que

á los conocimientos científicos se uniesen los conocimientos prácticos, pero esto es cabalmente lo que perfecciona esta ciencia, y la hace ser tan útil como conviene. Si en nuestra España han sobresalido en la Cirujía médica los Reales Colegios de Cádiz y de Barcelona, débese únicamente á tener unida la teórica á la práctica ó clínica de sus Hospitales generales; y á que sus Catedráticos asisten á los enfermos de todas edades, oficios y sexôs en las enfermerías. No haberlo practicado así en Burgos y Santiago, es por desgracia el motivo de que sus Colegios, y este mismo de San Carlos de Madrid no han dado al Estado un solo Cirujano-médico sobresaliente, aunque sí han sido, y en particular este último una escuela ó universidad de Medicina, cuyos alumnos con las mas brillantes teorías, ni han visto enfermos ni han ejercido la Cirujía, obrando contra la mente del fundador que le creó para proporcionar hábiles Cirujanos á todos sus pueblos. Los acontecimientos políticos han cambiado la faz de este Establecimiento. Sus Directores y sus Catedráticos, fieles observadores de las órdenes de sus Soberanos, procurarán desde este dia fomentar la enseñanza de la Cirujía-médica de este Colegio: no perdonarán medio ni trabajo para conseguirlo, especialmente cuando nuestro amado Soberano, íntimamente persuadido de que sin la práctica ó asistencia de los alumnos á los Hospitales para ver y tratar los enfermos y las enfermedades, que son los libros vivos, toda teoría es nula; é instruido de que en Viena, Petersburgo, Berlin, Oxford, Londres,

Edimburgo, París, Strasburgo, y que en Cádiz y Barcelona están unidos los establecimientos de la Cirujía - médica á sus grandes Hospitales, despues de muchas dificultades, ha cortado el nudo gordiano por su célebre decreto dado en San Ildefonso á 7 de agosto último, por el cual se ha dignado mandar la reunion de este Real Colegio, y de todos los demas que se estableciesen en lo sucesivo en España á su Hospital general; y que los Catedráticos sean los que asistan los enfermos de todas clases, á fin de que los alumnos se familiaricen con ellos y aprendan á ejercer prácticamente las grandes operaciones, para que así salgan completos Profesores Cirujano - médicos.

Loor eterno á tan sabio y benéfico Monarca, que superando de una vez los obstáculos que impedían los progresos de esta Facultad en España, proporciona con este grande decreto, que le inmortalizará entre los hombres, profesores de Cirujía teórico-prácticos á sus pueblos, que tanto ama, y por los que se desvela para que los asistan con acierto en sus enfermedades.

Se conseguirá sin duda llevar á efecto la voluntad del Soberano y esta grande obra; pues que la Real Junta de Hospitales y su celoso hermano mayor por su filantropía, amor y respeto al mejor de los Reyes y ventajas conocidas á la humanidad y al Real Hospital acaba de convenir en el concordato para efectuar lo tan justo como sabiamente mandado por S. M.

Se completará la obra, si la Junta Suprema gubernativa de Cirujía y sus Catedráticos corri-

gen, enmiendan y perfeccionan el plan de estudios de su ordenanza, como es de esperar de sus desvelos, instruyendo á sus discípulos por las doctrinas adoptadas de un Lacaba, un Richerand, un Chomel, un Alibert, un Tourtelle, un Aute-
nac y Swediaur, un Capurón, un Mahon y un Desand, cuyos nombres respeta la Cirujía Europea. Con tales nociones saldrán Cirujanos médicos en nuestros Reales Colegios para el Ejército y para los pueblos que egercerán la Medicina operatoria en su juventud de una manera útil y digna de las bendiciones de todos los pueblos, pudiendo ser Médicos consumados en su vejez, y dar así honor á la Cirujía Española, y á nuestra amada y mal vilipendiada pátria. Pero para esto es preciso que los conocimientos científicos, teóricos y prácticos sean seguidos de una conducta moral, política y religiosa no ménos distinguida. Este es el

TERCER PUNTO.

Despues que el alumno ha pasado un gran número de años en las escuelas; despues que ha concurrido con celo á la Clínica de los Hospitales; despues que ha frecuentado bibliotecas públicas con aplicacion continua; despues que no le es extraña parte alguna de la teoría del arte; despues en fin de haber consumido la parte mas hermosa y florida de su juventud en el dilatado y penoso estudio teórico y práctico del arte de curar, aprobados sus estudios y obtenida la facultad de ejercer su filantrópica profesion, se

presenta al público para éxijirle una confianza de la cual se considera digno por su saber.

sup Pero si quiere gozar la reputacion de sus hermanos, ha de conducirse con mucho cuidado, primero en lo moral. En realidad ninguna profesion exíge costumbres de una pureza mas acrisolada que la nuestra. Confidente íntimo de un sexô del que es su apoyo. ¡Cuán criminal sería si abusase de su ventajosa posicion! Jámás pues debe ejercer ni emplear su ascendiente para seducir la inocencia que entrega su destino á sus manos, ni estraviar la voluntad de un moribundo al cual ha inspirado una escesiva confianza: jamas pronunciará discursos corruptores del bello sexô, que le habrá elegido para su consolador y amigo. El que esté poseido de estos vicios tan perjudiciales como detestables, no tardará en ser despreciado y en perder su reputacion; y aunque esté dotado de grandes talentos y ciencia, se verá abandonado y sin opinion. ¡Qué contraste! El joven Médico se halla situado entre sus deberes y sus vicios: su estado le espone diariamente á sacrificar el honor y el interés; pero por eso es tambien mucho mas glorioso el vencimiento de sí mismo. Por el bien de la humanidad y de la sociedad ha de emplear bien la poderosa influencia que le dá su ministerio. Los hombres que le confian ciegamente lo que mas quieren, mas estiman y mas aman, el honor de sus esposas é hijas, tienen indudablemente el derecho de exígirles unas costumbres puras y un corazon sano. Ellos, esto es, los Profesores, digámoslo tambien en su obsequio, han dado y dan

todos los días egemplos de grandes virtudes. Pudor, decoro, generosidad, desinterés, paciencia, humanidad, grandeza de alma son prendas que han brillado y se ven brillar todos los días en los Profesores de nuestro arte, con otro sin número de acciones sublimes que la historia consagra en sus fastos. Artagerges, Rey de Persia, viendo á sus egércitos acometidos de una peste que los devoraba, y teniendo noticia de que en Grecia habia un facultativo de una opinion singular, llamado Hipócrates, le envia embajadores que de su parte le ofreciesen toda clase de honores y de distinciones, y sumas inmensas de dinero. Pero, "decid á vuestro Señor, les respondió
 » Hipócrates, que soy demasiado rico, y que el
 » honor me impide el admitir sus ofertas de pasar
 » al Asia, y de socorrer á los Persas que son enemigos de los Griegos." Luis XV por medio de la influencia de Mr. Marechal, su primer Cirujano, á quien estimaba, y con cuyas gracias y chistes se divertía, revocó el decreto de procesar á un pariente suyo de la familia de Orleans. Fagon y Felix, primer Cirujano y primer Médico del mismo Soberano, levantaron la voz contra toda la Córte de Luis XIV para librar al ilustre Arzobispo de Cambrai, lo que consiguieron. Omito otros muchos hechos que acreditan virtudes, y moral incorruptible en muchos Profesores de nuestro arte. Averguéncense, y no se atrevan á pisar el Santuario de la Cirujía aquellos pocos corrompidos en la doctrina ponzoñosa de la disolucion y del vicio, que por desgracia se habia hecho la doctrina de moda en esta última desgraciada época. De-

testen estos desgraciados unos errores que creo hayan sido hijos solamente de la inexperiencia, de la juventud fogosa y poco meditadora. Crean los aspirantes de nuestras escuelas que la inmoralidad será la compañera inseparable de su descrédito, de su separacion y de su indigencia perpetua. Hallarán proteccion y premio los morigerados, los estudiosos, los que sigan la virtud; jamas los relajados, los turbulentos, los locuaces ni los viciosos. Nunca, nunca podrán esperar, y sí temer del celo y vigilancia de sus maestros y directores que les observarán para conducirlos por la hermosa senda de las buenas costumbres que deben hacer su felicidad.

Veamos ahora cual deberá ser el comportamiento político de nuestros alumnos y profesores en los trastornos revolucionarios de los Estados. El multiplicado número de conocimientos indispensables al Cirujano-médico, el egercicio de su facultad, su estado, sus relaciones con los demas, el celo por su reputacion; todo debe ser para él un muro que le impida el tomar parte en las tempestades políticas que tratan de trastornar los gobiernos legítimos de los Imperios. Es necesario, pues, precaverse y guardarse por respeto á sí mismo, y por su propio interes de declararse y fijar una opinion pública decidida, si por desgracia viven en un tiempo de discordias civiles. No es de hombre sábio mezclarse sin llamarle, ó sin necesidad en las disensiones de los Soberanos, ni de sus gobiernos. Un Médico, amigo de la paz, y bienhechor por su profesion pertenece á todos, y mientras otros cuidan, vigilan, dirigen y arre-

glan los destinos del mundo, debe él consagrar sus noches al estudio largo y difícil de su arte, y prodigar sus cuidados, y asistir con esmero y sin distincion á todos los que, enfermos, reclamen su auxilio. El caracter del verdadero Profesor filósofo, convendrá que sea el de mostrarse como indiferente á toda disension, y apartarse enteramente de todo cuanto pueda distraerle de las verdaderas obligaciones de su estado. Mas, apesar de estas tan sábias máximas, hemos visto por desgracia Profesores poco reflexivos que han figurado en todas las convulsiones políticas, y que han sido muy raros los que no han sido víctimas de ellas. Lestocq, hábil Cirujano de Rusia en tiempo de la Reyna Elisabet, dotado de un genio fuertemente conspirador, logró muy poco en vista de lo mucho que trabajó. En las violentas convulsiones que despedazaron la Francia, han experimentado y sufrido muchos Profesores penas crueles, y han retardado y perdido su fortuna por lo temerario y exáltado de su conducta y de sus discursos tribunarios. Algunos han perdido su pátria, su libertad y aun su vida á causa de la manía deplorable de querer representar un papel en las revoluciones que han cambiado tantas veces la forma de gobierno de aquel infeliz Reyno. Abandonar el cuidado de los enfermos por tomar parte en el furor de los partidos, es lo mismo que desconocer la íntima union del arte de curar y de la moral. Me parece á la verdad que podreis conciliar el amor á vnestra pátria con el profundo respeto que debeis tener en favor de todo gobierno legitimamente establecido, y solo por una incon-

secuencia tan ridícula como perjudicial, querrá el Profesor sacrificar su alegría, su tranquilidad, su fortuna y su buena fama por unos intereses dudosos, precarios, efimeros y vacilantes que le son y deben ser enteramente ajenos. Es indudable que no podrá tal vez prescindir ni desentenderse de sentir vivamente las desgracias de su Soberano y de su Patria que ama, y cuyas leyes juró, é indignarse contra todo lo que compromete su honor y sus sagrados é imprescriptibles derechos; pero en este caso aconseja la sabiduría no adelantarse mas. Sentir, gemir, callar y cumplir religiosamente sus deberes sin perjurio, coadyuvando á la causa legítima de su Soberano y de su Patria oprimida, es su obligacion. Obedecer y someterse ciegamente á las leyes divinas y humanas de su pais, es una máxîma que un ministro de la salud ha de tener esculpida en su alma, mas que otro hombre alguno en la sociedad. El olvido de estas máxîmas filosóficas, hijas de la justicia, de la razon y de la conveniencia general, ha sacrificado un gran número de Profesores instruidos con sentimiento de los buenos, descrédito de la ciencia pacífica y consoladora, pérdida de su familia é intereses, y de la misma humanidad que llora la falta de sus conocimientos. Un Laboisier en la Francia fué, entre otros, una pérdida irreparable para la química, la ciencia de curar, y las artes. En nuestra Península ¡ah! la manía revolucionaria es contagiosa; evítese la predisposicion de recibir el miasma infectante. Re-

paremos en lo pasado para calcular y obrar en lo futuro, é imitando al Dios Jano en sus tres caras, leamos lo pasado, meditemos lo presente y miremos lo futuro. No os alucine el desco de mudar de fortuna y de ambicionar los altos destinos, pues aun adquiridos, el vulgo siempre les mira con sardónica é irónica risa, y no les considera mas que como unos Profesores que saliéndose de la esfera en que el Criador los colocó, ni los respeta, ni los distingue, ni aun los mira sino para ridiculizarlos. En vuestro arte están los altos y honoríficos destinos: poseedlos todos dentro de su circulo, ninguno fuera de él. Todo en vuestra honrosa facultad, nada fuera de ella. Teneis un derecho á gozar de todas las distinciones dadas á las demas clases del Estado con sola vuestra ciencia, y las virtudes. Aprended en Icaro que queriendo elevarse hasta el sol con alas de cera, cae precipitado por salir de su órbita. Huid cautelosamente del torbellino de los partidos. Vigilad contra las insinuaciones, ofrecimientos de prosperidad, de interes y de honores con que excitando vuestra ambicion mañosamente, querrán envolveros los sectarios de todas clases y nombres; y reflexionad que su obgeto es trastornar los gobiernos legitimos, y minar el Trono y el Altar: que sus reuniones son nocturnas y tenebrosas, y por lo tanto ilegales y justamente prohibidas. Aparentan la filantropía, la caridad y la beneficencia, y son en realidad antropófagos de la carne y sangre de los sedu-

cidos pueblos. Huid de ellos. La Religion que debeis seguir os auxiliará poderosamente. El verdadero Profesor, afianzado con las máximas de la Religion de Jesucristo, tendrá con efecto un baluarte en ella contra los ataques de cuanto sea injusto, ilícito y prohibido. Con harto sentimiento de nuestros buenos Profesores se ha declamado y declama contra la irreligiosidad de muchos, clasificándolos de ateos unos, de materialistas otros, de espíritus fuertes estos y de incrédulos aquellos. La ciencia se ve insultada, por su desgracia, con aquellos epítetos. Sería una calumnia para la profesion si esta opinion se generalizase demasiado fuera de sus justos límites. Es cierto sí que se han marcado algunos con este feo lunar. ¡Que error, que ligereza en unos sugetos que cultivan una ciencia unida al Cristianismo por relaciones tan numerosas como íntimas! ¿En qué fundan su irreligion estos infelices? Acaso en que han creído hallar en los tejidos inanimados de los cadáveres fríos, los elementos del materialismo? ¿Acaso en que dedicándose á las investigaciones particulares, se forman ciertas ciencias ocultas, se forman opiniones secretas sobre las primeras causas, y el origen de las ideas religiosas? Abandonados á todo el exceso de una imaginacion extraviada creen ellos con el escalpelo en la mano encontrar en nuestros órganos el asiento y sitio de nuestras ideas y de nuestras diversas funciones, de nuestras facultades y de nuestros pensamientos. ¿Olvidan sin duda que el grande Aristóteles conoció y dijo,

que no era lícito á la materia bruta el pensar?
Non licet materiae cogitari.

Muchos de sus Autores han profesado en sus obras el ateismo mas declarado: muchos de ellos figuran en la historia de las supersticiones que han deshonrado la razon humana. Dicen que en la ciencia de curar se hallan principios para extraviar el espíritu, y que pueden pervertir el corazon del incauto. Estas son las consecuencias que deben sacarse de las doctrinas consignadas en las obras de los Médicos filósofos. Refutemos los débiles fundamentos en que apoyan su irreligion. Un Profesor de Cirujía-médica no puede ser anatómico y ateo, pues justamente no hay prueba, entre otras, mas fuerte de la exístencia de un Dios, que las maravillas de nuestra organizacion. La relacion admirable entre la estructura y las funciones de todas las partes del cuerpo humano animado, la armoniosa disposicion de los huesos, y de los músculos, la distribucion de las arterias, el enlace del sistema nervioso, la red imperceptible de los vasos linfáticos, todo en el estudio de la antropologia prueba una inteligencia superior. Bastaría la tosca anatomía de un caballo para confundir los racionios de los materialistas. No desconoció el impío Voltaire lo incomprehensible de las funciones humanas en la digestion, sangüificacion &c., cuando en una de sus poesías dijo: " Pedid á Dios, que nos da la vida, el por qué de estos fenómenos." Ruischio, Vesaló, Harbeo, y todos los mas grandes anatómicos han profesado un respeto profundo á la Religion Católica, y

uno de ellos concluyó una de sus obras diciendo, "que acababa de componer el mas hermoso himno en honor de la Divinidad." Winslow abjuró los errores del protestantismo, por abrazar las verdades de la Religion Católica. El gran Fisiologista Alberto Haller en mil pasages de sus escritos manifiesta la idea de un Ser Supremo. Finalmente, ningun perfecto anatómico ha merecido la odiosa calificacion de Ateo. La anatomía es por ella misma la demostracion de la exístencia de un Dios. Nada hay en las relaciones del arte sanitario con las ciencias naturales, que no se concilie con la exístencia de un primer móvil, causa primera de todas las cosas. En otros tiempos la Astrología Médica y la Chiromancia podrian engendrar principios erróneos sobre diferentes puntos importantes de la moral; pero estas ciencias absurdas están condenadas y sepultadas en un desprecio y olvido, del cual no saldrán jamás. Algunos errores de los Fisiologistas célebres sobre el sitio de las facultades intelectuales, las ideas innatas, y las causas de nuestras pasiones, han perjudicado á la ciencia; lo mismo las zoologias y la medicina metafisica de Cabanis. Miremos con horror los escritos de Arnaud, de Villeneuve, de Serveto y Lametrie heresiarcas. Pocos profesores han admitido sus detestables doctrinas. Nunca las Academias, ni las Sociedades, ni las Escuelas del arte han adoptado ni adoptarán los principios que conduzcan los jóvenes al desprecio y la ignorancia de la Divinidad. Nunca nuestros maestros en sus lecciones admitirán, y si combatirán los inicuos sistemas del ateismo y materialismo. El

primer deber que Hoffman imponia al Cirujano-médico era el de que fuese Cristiano. *Medicus sit Christianus*. Celso, antagonista de Origenes, no ha dado en todas sus obras prueba alguna de incredulidad. A los nombres absurdos de los Profesores ateos citados, ¿cuántos no os podré oponer y citar de hombres ilustres que han profesado toda la vida la mas pura moral y el amor mas sincero por la Religion? Lancisi, Gaubius, Sidenham, Boherawe, Vansvieten, Broden han mirado con todo desprecio el ateismo. Los Profesores del arte de curar no son, pues, irreligiosos por principios, y si alguno de ellos ha tenido la desgracia de serlo, atribúyase á cierta perversidad de corazon, de la cual son susceptibles los hombres de todas clases.

Las ciencias médicas, léjos de conducir el hombre al desprecio de la Religion, le encaminan directamente á reconocer su verdad. La medicina divina y la humana tienen entre sí las mas íntimas relaciones, y las reglas de la segunda carecerán de fundamentos verdaderos, si no están en armonía con las de la primera. Los preceptos dietéticos de la Medicina son análogos á los de la Religion, y la rígida observancia de estos preceptos reunidos, puede solo hacer al hombre que goce de una vida dulce y apacible, habituarle á vencer sus deseos y precaverle de las borrascas de las pasiones. La paz del alma es el mas poderoso preservativo de todas las enfermedades. No hay otro mayor. Esta paz es el fruto feliz de la union de una conciencia tranquila con la observancia de los preceptos de la dieta.

En los últimos momentos de la vida humana la ciencia de curar presta grandes consuelos y socorros á la humanidad y á la Religion; en estos casos si son débiles, insuficientes y tienen sus límites los auxilios del arte, los suplen los sublimes consuelos del Cristianismo, éstos se elevan sobre sus dolores, y les hacen mirar y esperar sin horror y sin miedo el terrible golpe de su existencia mortal.

Bacón de Verulamio, recomendando á los Profesores del arte el modo de hacer suave la muerte, les decia que sus recursos y principios los hallarian en la Religion. Y por ella serán ciertamente los facultativos mas benéficos, mas amantes de sus obligaciones, y mas dignos de egercer tan noble profesion. Los grandes talentos no dispensan los deberes de la Religion, y estos deberes son para todos el amor de una Religion, por la cual nosotros debemos empezar, continuar y acabar. ¿Se avergonzarán los Profesores Pseudo-filósofos de nuestros dias de creer y profesar lo que creian y profesaban Boileau, Catinat, Pascal, Racine y Fenelon? Ella es, dice Fontenelle, la sola que tiene pruebas. *Tanta est inter Deum, Religionem, et Regem, intima conexio; ut nemo sine Deo, Religione, et Rege medicus exactus esse potest.* Es tanta la union íntima entre Dios, la Religion y el Rey, que sin Dios, sin Religion y sin Rey no puede ser un Profesor completo. Esta reflexion del sábio y Realista Broesiche es una grande verdad moral. El Profesor religioso no cree tener un imperio ó dominio absoluto sobre la salud y vida de los hombres; él

no se envañece ni pretende gobernar á su añojo el curso de las enfermedades; él no debe creerse el Dios de la naturaleza; él debe referirlo todo y esperarlo del Ser Supremo, de quien recibe las luces y conocimientos, y á quien debe siempre clamar en su auxilio.

En vano los fisiologistas han interrogado los eadáveres para esplicar los mas importantes fenómenos de la vida. Su sola imaginacion les ha dado la respuesta. En vano los anatómicos han mutilado el cerebro de cien maneras diferentes para descubrir el sitio de la inteligencia. Vanas hipótesis han sido el fruto de sus trabajos. Profesores del arte de curar, decidme ¿Sabeis aun lo que es la vida? ¿Podeis esplicar los incomprendibles fenómenos de las simpatías? ¿Conoceis las funciones del cerebro y cerebello? ¿Habeis averiguado con certeza si corre algo por los nervios? ¿Teneis algo de cierto (mas que mil sistemas varios) del misterio impenetrable de la generacion? ¿Penetrais el modo de obrar y accion de los medicamentos que aplicais? ¿Formareis jamas una gota del líquido rutilante vital, ó de la sangre ó savia humana? ¿Una sola de bilis ó una de saliva? ¡Ah! ¡todo nuestro saber es limitado! Error, ignorancia y debilidad son la divisa del hombre vano y orgulloso.

En la práctica del arte se presentan igualmente hechos que la ciencia no puede esplicar, y por esto dijo el padre de la medicina: que en las enfermedades habia alguna cosa divina, es decir, incomprendible á los hombres. ¡Cuantos motivos para que el Cirujano-médico se humi-

lle sin cesar delante del Dios Todopoderoso para confesarle y ofrecerle sus cultos!

Los libros de la verdadera filosofía y el ejercicio de nuestro arte, exigen el ejercicio de todas las virtudes morales y cristianas. El que llena y cumple todos los preceptos que le impone la práctica de su arte, obedece las leyes de la mas severa moral. Respetar la Religion, amar su Rey, ser un hombre de bien, éstos son los preceptos que debe poseer el Profesor. El verdadero filósofo-médico es un semi-Dios. La verdadera sabiduría y nuestro arte tienen entre sí tan íntima union, que cuanto enseña la primera lo ejecuta la segunda. Moderacion, desinterés, dulzura de genio, gravedad, pudor, decencia, decoro, justo aprecio de las cosas, fortaleza, sigilo, prudencia y conviccion de la exístencia de un Ser Supremo, son los deberes y las virtudes que deben adornarles. ¡Ah! quien mejor que el Profesor conoce las miserias del hombre, sus enfermedades y los peligros que le rodean en todos los instantes de su vida. ¿Quién mas que él conoce y sabe que la mas robusta salud nada vale? ¿Cuántos gérmenes mortales se desarrollan en el mas robusto atleta? En la historia de la especie humana todo le recuerda el conocimiento del Supremo Ser. Un Profesor verdaderamente filósofo halla en la Religion fuerza contra los trabajos, inseparables compañeros de su ministerio, é inagotables consuelos contra lo espinoso de su arte, y la ingratitud de los hombres que en tanto los mas saben apreciarlo, en cuanto lo necesitan para sus apuros.

La Cirujía-médica es sí una ciencia ilustre: su objeto es el alivio de la humanidad aflijida. ¿Qué hay mas digno del aprecio de todos los mortales? Pero es una ciencia que reclama un gran estudio teórico y práctico, y que pide en sus Profesores una conducta moral, política y religiosa, igualmente distinguida. Creo haberlo demostrado así, y tengo el dulce placer de que los sabios y bien acreditados Catedráticos, á cuyo cuidado ha confiado el Rey nuestro Señor el delicado encargo de vuestra instruccion científica y moral, os inculcarán estas mismas máximas, y os recordarán que imiteis á tantos dignos Profesores españoles aulicos y particulares que os han precedido. A un Zimerman en la sabiduria, en la moral, y en su fidelidad, amor y respeto á su legítimo Soberano y su angusta Real Familia, y á tantos otros Profesores no menos distinguidos por su ciencia y virtudes que por su lealtad. Y espero que vosotros dóciles á su enseñanza sereis otros tantos dechados de virtud cristiana y política, y que no consentirá vuestro corazon que nadie os esceda en amor á nuestro Soberano. Seriais sino doblemente criminales. A más de ser nuestro Rey, es nuestro particular Protector: debemos á su peculiar bondad los medios de instruirnos. ¡Que ingratitud tan monstruosa no seria dejarle de amar! Pero no, apártese de mi imaginacion el temor de que á ninguno de vosotros haya podido caber un corazon tan detestable. La Nacion no verá en vosotros sino alumnos estudiosos, morigerados, religiosos, idólatras de vuestro Soberano, vuestro padre y vuestro

tro bienhechor para gloria de la Facultad, honor de este Colegio y bien de la humanidad doliente que espera seais un dia su alivio y su consuelo.

Madrid 3o de setiembre de 1824.

Dr. José María Turlán.

to bienhechor para gloria de la Facultad, ho-
 nor de este Colegio y bien de la humanidad
 y doliente que espera ver en un día su alivio
 su consuelo.
 Madrid 30 de setiembre de 1824.
 sus Profesores una conducta moral, política y
 religiosa. *Don Esteban Pardo.* Creo haberlo
 demostrado así, y tengo el dulce placer de que
 los sabios y bien acreditados Catedráticos, á cu-
 yo cuidado ha confiado el Rey nuestro Señor el
 delicado encargo de vuestra instruccion científica
 y moral, os inculcarán estas mismas máximas, y
 os recordarán que imitéis á tantos dignos Profes-
 ores españoles antiguos y particulares que os han
 precedido. A un Zúñiga en la sabiduría, en
 la moral, y en la fidelidad, amor y respeto á su
 legítimo Soberano y su augusta Real Familia, y
 á tantos otros Profesores no menos distinguidos
 por su ciencia y virtudes que por su lealtad. Y
 espero que vosotros déis á su enseñanza seréis
 otros tantos dueños de virtud cristiana y políti-
 ca, y que no consentirá vuestro corazón que
 nadie os escuda en amor á nuestro Soberano So-
 ñais sino doblemente criminales. A más de ser
 nuestro Rey, es nuestro particular Protector: de-
 bemos á su peculiar bondad los medios de ins-
 truirnos. Que ingratitud tan monstruosa no se-
 ria de parte de amar! Pero no, aparté de mi
 imaginacion el temor de que á ninguno de voso-
 tros haya podido caber un corazón tan detesta-
 ble. La Nacion no verá en vosotros sino alum-
 nos estudiosos, morigerados, religiosos, idóla-
 tras de vuestro Soberano; vuestro padre y vues-